



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

HOMILÍA en el JUBILEO de los ENFERMOS 11 de febrero de 2010

Queridísimos enfermos y enfermas, que habéis llegado a celebrar el jubileo en este Año Santo Compostelano. Bienvenidos a la Casa del Señor Santiago que con vuestra presencia la convertís en un ámbito de gozosa esperanza. “Dando vida, sembrando esperanza” ha de ser la actitud de todos nosotros. Os acoyo y saludo con todo afecto, compartiendo vuestras angustias y preocupaciones, unido a los Sres. Obispos de las Diócesis hermanas, los sacerdotes, agentes sanitarios, familiares y voluntarios que os acompañan. Mi gratitud a la Delegada de Pastoral de la Salud y a sus colaboradores por su generosidad y disponibilidad.

En esta tarde Santiago, hermano de Juan, acoge en esta su casa a la Virgen bajo la advocación de nuestra Señora de Lourdes en esta Jornada Mundial del Enfermo. También aquí percibimos el eco de aquellas palabras del profeta Isaías: “He aquí que voy a derramar la paz como un río y la gloria de las naciones como torrente desbordado” (Is 66, 12). La gracia jubilar es experiencia de la visita que Dios nos hace a través de su Hijo, hecho hombre semejante en todo a nuestra condición humana excepto en el pecado. El realizó la misión que el Padre le había encomendado anunciando el Evangelio y curando a los enfermos de sus dolencias físicas y espirituales, recordándonos el compromiso de luchar contra la enfermedad.

“Como a uno le consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros y en Jerusalén seréis consolados” (Is 66, 13), dice Dios. “Cristo, Médico divino, “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo” (Hch 10, 38). El es la Puerta para recibir el consuelo de Dios y acceder a la salvación. En esta tarde vosotros sois los invitados a cruzar el umbral de la Puerta Santa, sabiendo que “el sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. Y a la vez ésta ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo: ha sido unida al amor”¹.

Habéis llegado con vuestra ofrenda de gratitud y de súplica acompañada de vuestras dolencias. El dolor es un misterio al que hay que acercarse como a la zarza ardiendo: con los pies descalzos, con respeto y pudor, con delicadeza y realismo, sintiendo nuestra debilidad como algo propio, y reconociendo que la conciencia de nuestras limitaciones nos hace más humanos y humildes. El dolor es como el trillo que aparta el grano de la espiga, como el crisol que purifica el oro. La cuestión no es tanto preguntar por qué sufrimos, cuanto descubrir el

¹ JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, n° 18.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

sentido del dolor porque “la manera de sufrir es el más grande testimonio que un alma da de si misma”. Cuando el sufrimiento llama a la puerta de nuestra casa personal, la clave para interpretar esta llamada es la cruz de Cristo. Aquí encuentra sentido el dolor que iluminado por la fe se convierte en fuente de salvación. No es nada agradable estar en el Huerto de los Olivos, pero así podemos participar más viva y verdaderamente en la pasión de Jesús, fuente primordial de esperanza y de alegría. El sufrimiento para el hombre es como el surco para tierra: en él podemos sembrar siempre el amor de Dios, pudiendo decir: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24). El enfermo tiene como garantía a Jesucristo que sufre con él. “En verdad, lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito”².

La Palabra de Dios nos dice: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante y, si hubiera cometido pecados, le serán perdonados” (Sant 5,14-15). Esta exhortación la hacemos propia en este atardecer cuando dentro de unos momentos algunos de vosotros y vosotras recibáis el sacramento de la Unción de los Enfermos, en el que el Señor viene a nuestro encuentro con su gracia en medio de la fragilidad humana. “Si Jesús es el manantial de la vida que vence a la muerte, María es la madre solícita que sale al encuentro de las expectativas de sus hijos, obteniendo para ellos la salud del alma y del cuerpo..., abriéndolos al encuentro con su Hijo Jesús, respuesta verdadera a las expectativas más profundas del corazón humano”. Nuestra respuesta como peregrinos ha de ser la conversión, la penitencia, la oración y la confianza.

En esta jornada del enfermo el Papa nos recuerda que “la Iglesia está al servicio del amor hacia los enfermos y los que sufren”, haciendo una llamada a las personas que los asisten a “un empeño apostólico más generoso en el servicio”. Queridos enfermos y enfermas, os queremos y os tenemos muy presentes en el peregrinar silenciosos de nuestra existencia. También en vuestro nombre doy las gracias a todos los agentes de Pastoral de la Salud, médicos, enfermeros, enfermeras, capellanes de los hospitales, párrocos y demás sacerdotes comprometidos en este quehacer pastoral, a las órdenes y congregaciones religiosas, a los voluntarios y a cuantos se ponen siempre al servicio de la vida y ofrecen coherentemente su testimonio cristiano ante los sufrimientos, el dolor y

² BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, nº 37.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

la muerte. Como buenos samaritanos a ninguno está permitido pasar de largo ante el dolor. “La Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana y se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo” y agradece de corazón a las personas que, cada día, “realizan un servicio para con los que están enfermos y los que sufren”, de modo que “el apostolado de la misericordia de Dios, al que se dedican, responda cada vez mejor a las nuevas exigencias”³.

En este Año Sacerdotal el Papa se dirige a los enfermos pidiéndoos que oréis y ofrezcáis vuestros sufrimientos por los sacerdotes, para que se mantengan fieles a su vocación y su ministerio sea rico de frutos espirituales, en beneficio de toda la Iglesia. Con la intercesión del Apóstol Santiago y de nuestra Madre, la Virgen María, salud de los enfermos, pido al Señor por todos vosotros y por todos los enfermos para que el amor de Dios sea fuente de vuestra alegría, haciendo mía la oración del salmista: “Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta tí; no me escondas tu rostro el día de la desgracia. Inclina tu oído hacia mi; cuando te invoco escúchame enseguida” (Ps 101). Amén.

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela

³ JUAN PABLO II, *Constitución Apostólica Pastor Bonus*, art. 152.